

Knausgard



LAURA FREIXAS

Hay a quien Knausgard le aburre, y no seré yo quien se lo reproche. ¿Qué nos importa la vida de una persona que es como otra cualquiera? ¿A santo de qué deberíamos leer nada menos que seis volúmenes, unas cuatro mil páginas en total, en los que un tal Karl-Ove, nacido en Oslo en 1968, nos cuenta los primeros cuarenta y pocos años de su existencia? Una existencia francamente banal, por cierto. Que si su padre era muy autoritario, que si se separó de su madre y murió alcoholizado. Que si él era un niño tímido, el pequeño de dos hermanos. Que si se masturbaba en la ducha. Que si trabajó de enfermero en un asilo y de profesor en un instituto. Que si se casó, se divorció, se fue a vivir a Suecia. Que si los altibajos de su segunda mujer, maniaco-depresiva. Que si sus ideas sobre arte o sobre religión o sobre el nazismo. Que si lleva a sus hijos a la guardería, les cambia el pañal, les prepara albóndigas de pescado...

Cuando el primer volumen, *La muerte del padre*, se publicó en España, en el 2012, lo leí y me gustó, pero no me entusiasmó. No entendí por qué el autor insistía en narrar el detalle de su vida cotidiana: me parecía un relleno que rebajaba los momentos fuertes. Cuando salió el segundo, *Un hombre enamorado*, tuve curiosidad y lo leí también. Y luego ya no pude parar. Sentía que ese noruego desconocido significaba algo para mí, aunque sólo fuera por lo mucho que iba sabiendo de él. Cada vez que ha salido un nuevo volumen, me he precipitado a devorarlo entero, y tras terminar las 1.016 páginas del último, *Fin*, sé que lo voy a echar de menos... No soy la única. Sólo en noruego, la serie ha vendido 450.000 ejemplares... en un país de cinco millones de habitantes.

Y eso, ¿por qué? ¿Qué es lo que tiene de extraordinario?... Mirando atrás, me doy cuenta de que lo que más recuerdo es precisamente lo ordinario: descripciones maravillosas de cosas tan corrientes como nadar en una piscina cubierta o conducir de noche. Eso, y la sensación impactante que produce la sinceridad absoluta.

Creo haber entendido la apuesta de Knausgard, que es doble. Estética: rechazar la selección, abolir la jerarquía entre lo bajo y lo elevado, mostrarnos la vida tal cual es, mezclada y contradictoria. Y humana: abrirse en canal. Y ser, así, el espejo en el que podemos mirarnos todas, porque todas somos, como él, personas cualesquiera.